

LA BATALLA DE MATASIETE

José Joaquín Salazar Franco
“Cheguaco”

La acción más cruenta que se libró en Margarita durante la Guerra de Independencia, fue la Batalla de Matasiete, en las faldas del cerro del mismo nombre, muy cerca de La Asunción; tres mil realistas contra trescientos Republicanos, combatiendo sin tregua desde las 6 de la mañana hasta la puesta del sol.

Francisco Esteban Gómez, Comandante de los insulares, contesta a la arrogante intimación de Don Pablo Morillo, Jefe Supremo de los expedicionarios: **“...Si Vuestra Excelencia fuere vencedor, se hará señor de los escombros, de las cenizas y de los lúgubres vestigios que quedarán de nuestra constancia y valor. Con ellos podrá satisfacer la tiránica ambición de su Soberano, pero jamás podrá dominar la Isla de Margarita, ni mucho menos decir que se le rindieron sus ilustres defensores”.**

Desde la tarde del 30 de julio de 1817, el entonces Coronel Francisco Esteban Gómez estaba sobre aviso de lo que podía acontecer, debido a que la Negra Francisca (La Generala), que cumplía su misión clandestina de correo, se lo había comunicado. En ese momento convocó a su Estado Mayor: Joaquín Maneyro, Juan Esteban Figueroa, Juan Miguel de Lárez, Policarpo de Mata, Pablo Ruiz, entre otros; y tendió sus tropas desde San Francisco hasta la casa de Hidalgo, todos con la consigna de “vencer o morir”.

Al amanecer de Dios, los españoles se percataron que sus planes estaban descubiertos y no les quedó más que empezar a subir el cerro por la vía Guacuco-Atamo, hasta colocarse en lo que hoy es conocido como

“Morillo”, donde está la “Columna Ática”. Desde allí se veía al arrogante Comandante español, bajo la sombra de su despampanante tapasol verde y su enorme catalejos, reconociendo las baterías de los insurgentes y tendiendo la mirada hacia el Portachuelo, que era el principal objetivo. Al fondo los Patriotas: hombres, mujeres, ancianos Y hasta niños, diseminados por entre los cocales, para ellos **“un árbol era una fortaleza, una roca era un bastión, una empalizada una muralla”**.

El fuego reventó vivísimo de uno y otro bando. La sangre empezó a empurpurar el verde tapiz de la espesura. Los jinetes criollos se confundían con los infantes españoles. Había desesperación en la embestida. Había odio. Había rabia. Había valor. Había audacia. Sonaban gritos, ruidos de cascos, estampidos de armas, alentar de centauros.

Frente a la caballería espartana iba siempre Francisco Esteban Gómez, no le importó que le tumbaran el plumero de su gorro, ni que hirieran de muerte a su caballo. Figueroa, de pecho descubierto, peleaba como un tigre enfurecido; de Lárez, como un león herido; Ruiz, por lo consiguiente; de Mata servía de oficial y de soldado. Las mujeres recogían y curaban heridos y baqueteaban armas; los niños y los viejos repartían raciones, para que nadie se moviera de sus puestos. No hubo tregua durante todo el día. Una mujer trajeada de blanco y hálitos de santidad, alentaba a los suyos y todos se imaginaban que era la Virgen del Valle, y más ánimo les daba, más valor y más fe en el triunfo.

Al caer de la tarde, una columna enemiga quiso irrumpir, por la fuerza, hacia la Ciudad por la vía del puente, pero se encontró con la gente de Paraguachí, comandada por “Pancho” Antolín del Campo y con la de Tacarigua, capitaneada por Victorino Guzmán, que traían refuerzos, y con el fuego cerrado de las alturas de Cabrales y de La Libertad, que habían permanecido, por órdenes superiores, algo silenciadas, y tuvieron que retroceder como pudieron a costa de grandes pérdidas.

Más de 400 muertos y alrededor de 800 heridos fue el balance de las líneas Realistas, mientras que entre los nuestros también hubo, pero en menor cuantía. El español vencido cerró el tapasol, guardó el catalejos y ordenó a sus soldados retirada hacia Pampatar, siendo perseguidos muy de cerca por los criollos, quienes casi los destrozaron totalmente cerca de Gasparico, debido a que, por la oscuridad de la noche y la falta de baqueanos, habían equivocado el camino de Los Robles.

Fue ese uno de los dos golpes mortales del poderío español en la Isla de Margarita; el otro, el 8 de agosto en el pueblo de Juangriego, lo que los obligó a retirarse definitivamente de la Isla el 17 de agosto de ese mismo año, por el puerto de Pampatar, hasta el sol de hoy.

Fuente:

- Salazar Franco, José Joaquín (2000). *“La Asunción. Ciudad procera”*. pp. 66-67. Editores: SENECA, Sistema Eléctrico del Estado Nueva Esparta C. A. Alcaldía de Arismendi, Estado Nueva Esparta. Impresión: Gráficas Internacional.

TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.

Transcripción, corrección, diseño y diagramación:

Licdo. Frank Omar Tabasca

frank_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Julio de 2022